

Hoy, en la "Correspondencia de España", el señor Aznar Navarro habla de la "significación de un monumento"— así titula a su artículo— y es del monumento que en la ciudad de Huesca se ha elevado a la memoria de don Manuel Camo, un gran cacique aragonés, hacedor de diputados, senadores y ministros y que nunca fué ministro él mismo.

Escribe el señor Aznar Navarro:

"Camo fué el cacique máximo de la provincia de Huesca. Y cuidado que al decir esto anda muy alejada de nuestro ánimo la intención ruin de menospreciar la memoria de Camo. Fué cacique porque así lo quisieron las circunstancias; mejor aun, porque así lo quisieron los demás. El cacique no nace ni se hace. Al cacique lo hacen. Lo hacen hombres como los españoles, en quienes la pereza mental sólo es comparable a la pereza volitiva. Y fué un cacique que, al cabo de serlo muchos años, murió pobre, sin haber llegado jamás a ser rico. Esto es un elogio y un elogio justo. Ojalá pudiera decirse lo mismo de todos los caciques que se asientan sobre el suelo español."

Lo que hay es que no basta que un político se muera pobre para que le absuelva de sus culpas o le venera la posteridad. No creo que Romero Robledo se lucrara con la política, más bien debió de costarle parte de su fortuna, y Romero Robledo fué, sin embargo, uno de los más execrables caciques políticos que ha sufrido España, y lo fué por su sentido de arbitrariedad, por su ninguna conciencia política, tomando esta palabra en su más alto y noble sentido, por su detestable pragmatismo electorero y porque más que nadie al hacer elecciones y supeditar al hacerlas y ganarlas la obra toda de gobierno contribuyó a que no se haya formado opinión pública política en España.

Sigue el señor Aznar Navarro:

"Fué contemporáneo y comprovinciano suyo don Joaquín Costa, gran cerebro, gran pluma, gran palabra. Con todo esto no pudo Costa en su vida ser diputado por un distrito de la provincia en que nació. Hizo adeptos abundantes en la esfera de lo ideal pero no mesnadas. Supo sembrar ideas; pero no poseer el arte de hacer diputados, senadores y ministros a su antojo. Conquistó almas y no cuerpos; admiraciones platónicas y no votos, que son triunfos. Eran dos hombres antitéticos; eran dos polos opuestos. Costa vivía en la región fantástica de las nubes, donde se forjan las grandes concepciones; Camo a ras de tierra, en el valle de lágrimas donde se amasa la realidad. Un gran entendimiento era aquél; una gran voluntad éste. Soñaba el uno con organizaciones sociales más perfectas y con hombres mejores; adaptábase el otro a lo que se encontró constituido y dejaba que le instituyesen por su voluntad firme, como tuerto en tierra de ciegos, adalid de muchedumbres abúlicas."

[Pues bien, no! Costa no vivía en la región fantástica de las nubes ni en esa región donde se forjan las grandes concepciones. Costa vivía tan a ras de tierra como Camo y conocía tan bien como él las realidades nacionales y era una tan gran voluntad como podía ha-

ber sido la de Camo. Y si Camo, habiendo sido diputado y senador cuantas veces se le antojó no desplegó nunca los labios en el Parlamento, lo que podía ser un acto de poderosa voluntad y podía no serlo, Costa, la única vez en que un partido político le llevó al Congreso negóse con un acto de suprema voluntad, a tomar asiento en él. ¿Para qué? A Costa lo que le importaba era hacer opinión, hacer conciencia política pública, y sabía bien que para esa obra nada ganaba con ir al Congreso y temía acaso ahogarse en él, ahogarse en aquel ambiente de inconsciencia y de convencionalidad y de comedia.

Me parece que Camo, gran elector que fué de Castelar, empezó siendo republicano como acabó siéndolo Costa. Pero el republicanismo para Costa—estuviese o no equivocado en ello—era un medio de hacer opinión, de fraguar conciencia nacional, y para Camo era un medio de hacer elecciones. Y así lo ha sido y así sigue siéndolo para no pocos republicanos. El republicantismo, lo mismo que el monarquismo, ya dinástico, ya jaimista, no suele ser en España más que un arma electoral. Tal diputado de oficio, pinche acaso de Romanones y al mandato de éste, se presenta por tal distrito como republicano para poder salir y luego poder servir mejor al amo que le serviría figurando en su mesnada. Porque hay siempre ministeriales en todos los partidos.

Costa hacía opinión; Camo favores. Y los más de ellos personales.

Prosigue el señor Aznar Navarro:

"Costa, desde la región de las nubes; a vista de águila, pudo ver cómo y por qué eran caciques don Manuel Camo y todos los caciques de todas las provincias españolas. El caciquismo, para él, no estaba en el cacique, sino en la masa inerte que hasta miraba con complacencia la erección del cacique. Y caciquismo, según sus expresiones, habrá en España mientras el espíritu de ciudadanía duerma; mientras el ciudadano no vaya directamente a las oficinas públicas a sesolver por sí mismo lo que encuentra más cómodo que lo resuelva un intermediario; mientras los funcionarios públicos no se despojen de la corruptela y del temor, sirviendo directamente al ciudadano como tal ciudadano, sin que sea de precisión que lleve el gato de la influencia al agua de las resoluciones el intermediario o cacique, de quien el funcionario público es vasallo a su vez, o agradecido a merced recibida, o esperanzado ante favor que se aguarda, o temeroso de castigo que pueda sobrevenir. Porque el cacique vive del favor personal, que es lo que ata las voluntades y proporciona los votos; y tanto más extenso y seguro será el cacicato cuanto más los favores se multipliquen, cosa de que no sólo el cacique se cuida, sino los que acuden, vendiéndose, al administrador de la influencia."

Todo el problema político-moral de España es hacer conciencia nacional, conciencia pública civil, y el cacique se apoya en la inconsciencia y aunque haga favores oprime y ahoga la conciencia que podría brotar. Y es casi peor aquel a quien se le tiene por buen cacique.

Y acaba el señor Aznar Navarro:



UNIVERSIDAD
SALAMANCA

GREDOS.USALES

"Murió. Cuantos tenían algo que agradecerle contribuyeron a que su efigie en piedra siga ejerciendo acto de poderío en la plaza principal de Huesca. Bien nacidos son los que prolongan su gratitud más allá de la muerte de quien les favoreció.

Pasarán años, muchos años. Cambiarán las gentes; se extinguirán las memorias. Y llegará día en que un viajero desperdigado, visitador de esa postrada y silenciosa capital altoaragonesa, pregunte ante el monumento inaugurado hoy:

—¿Quieren ustedes decirme quién era don Manuel Camo?

Y satisfecha su curiosidad agregue:

—¿Quieren ustedes enseñarme el monumento a don Joaquín Costa?

Sí, tiene en Huesca un monumento Camo como le tiene en la plaza principal de Santiago de Compostela, en una soberbia plaza, en la plaza acaso más hermosa de España, Montero Ríos, que hizo a Galicia, que hizo más aun a Santiago, que hizo sobre todo a sus amigos y muy especialmente a sus parientes y deudos grandes favores y que tuvo que ir a París a liquidar nuestras desgraciadas guerras coloniales por no haber querido o no haber sabido antes contribuir a despertar la dormida conciencia del país, por no haber hecho conciencia civil pública, por no haberse puesto al lado de Pi y Margall y de los pocos, de los poquísimos que en el desierto de espíritus civiles clamaban la verdad. Es natural que Camo y Montero Ríos tengan estatuas antes que Costa y Pi y Margall. Esas estatuas las costean no cerebros, sino estómagos agradecidos.

Pero pasarán años y ocurrirá lo que el señor Aznar Navarro nos dice. Hoy sabemos quiénes fueron Cervantes y Calderón y Quevedo y Velázquez y Goya y hasta Álvarez Mendizábal, que tiene su estatua en Madrid, pero no sabemos quiénes fueron los Camo y los Montero Ríos y los Romanones contemporáneos de aquéllos. Y no es que la fama del político se apague y acabe antes que la del hombre de ciencia, del poeta, del artista, del pensador, ¡no! Cuando el político es político y no cacique, cuando el político trabajó sobre todo en hacer conciencia pública en vez de trabajar, como aquí hace, en no dejarla brotar cunándola y adormeciéndola con torpes dádivas, cuando el político se dedicó a promover y acrecentar la civilidad nacional, entonces el político es un pensador y es un poeta, porque es un creador. Porque de lo que un político debe cuidarse es de acrecentar, de enriquecer la conciencia civil pública, de enseñar a sus compatriotas a que sepan gobernarse por sí mismos.

"El es, en rigor, todo el partido"—me decían una vez de un cierto político radical—, "él piensa por todos los demás, él resuelve, él da la doctrina, él decide." Y respondí: "pues ni eso es partido ni ese es jefe, ni piensa, ni resuelve, ni decide, sino a lo sumo obedecerá a otro u otros de quien viva". El hombre que trata de sustituirse a la opinión pública es un detestable político.

Gracias a los Pi y Margall y a los Costa hay aun en España quienes piden ante todo y sobre todo justicia, veracidad, decencia, respeto a la dignidad y a la libertad personales del ciudadano, sabiendo que todo lo demás nos lo

ganaremos, sin que tengan que darnoslo, por añadidura, y por culpa de los Montero Ríos y de los Camo, hay tantos que no piden sino gangas, privilegios, sinecuras y a lo sumo caminos, canales, pantanos cuando no alguna cosa absurda como una estación enológica donde no hay viñedos o cualquier desatinado centro de enseñanza como esa absurda Universidad de Murcia, pongo por caso, con la cual se ha multiplicado un mal.

"¡La escuela y la despensa!", exclamó Costa, pero para muchos la escuela no es más que otra despensa. Hay ciudad para la que una Facultad más añadida a su Universidad es un medio de fomentar las casas de huéspedes, un nuevo negocio, sin que les importe que allí se enseñe mejor o peor. Lo supremo es el fomento de los intereses materiales y si éste ahoga la conciencia civil mejor que mejor. "¡Come y calla!", dice el cacique. Y él hace lo mismo.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción.)

